
LIBRO DUODÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

CASAMIENTO DEL EMPERADOR CON LA ARCHIDUQUESA MARIA LUISA. — EL PRINCIPE EUGENIO DECLARADO PRINCIPE HEREDERO DEL GRAN DUCADO DE FRANCFORT. — PAZ DE LA SUECIA CON LA FRANCIA. — ABDICACION DEL REY DE HOLANDA. — REUNION DE LA HOLANDA AL IMPERIO. — EL PRINCIPE DE PONTECORVO NOMBRADO HEREDERO DEL TRONO DE SUECIA. — EXPEDICION DE SICILIA. — REUNION DEL VALÉS Y DE LAS CIUDADES ANSEATICAS A LA FRANCIA.

(1809—1810)

ACABABA de pasar en Roma una escena de la edad media, y Paris era el teatro de una pompa digna del imperio romano. Entre los cortesanos de Napoleon, la capital apenas reparaba en esa turba de pequeños soberanos de Alemania, que, orgullosos entonces de ser individuos de la confederacion del Rhin vence-

ller y el secretario del estado civil. Inmediatamente despues, se redactó un proyecto de senado-consulta y el archi-canciller convocó al senado para el dia siguiente 16; se abrió la sesion con el juramento del príncipe Eugenio, que tomaba asiento en el senado por la primera vez, el dia en que la disolucion del matrimonio de su madre iba á decretarse; pero el sacrificio habia empezado desde el último viage de Napoleon á Milan. Luego que el conde Regnault hubo desenvuelto los motivos del senado-consulta, el príncipe virey, con un noble valor, dijo: «..... Cuando mi madre fue co-
 » ronada en presencia de toda la nacion por
 » la mano de su augusto esposo, contrajo la
 » obligacion de sacrificar todos sus afectos á
 » los intereses de la Francia. Ha llenado con
 » dignidad, nobleza y valor este primer de-
 » ber; y su alma se ha enternecido mas de una
 » vez, viendo entregado á unos combates pe-
 » nosos el corazon de un hombre acostum-
 » brado á dominar á la fortuna, y á seguir
 » con firmeza el cumplimiento de sus grandes
 » designios. Las lágrimas derramadas por el
 » Emperador en esta gran circunstancia bas-
 » tan para la gloria de mi madre.....»

En seguida el senado nombró una comision para examinar el senado-consulta. A las cuatro y media la comision volvió con su informe. El conde de Lacedede dió cuenta de la deliberacion cuyo resultado, como se puede pensar, no era contraria al proyecto. Su discurso contenia este rasgo notable. «..... Si nos
 » ceñimos á recordarnos los antecesores de
 » Napoleon, hallamos á trece reyes que se han
 » visto en la precision, para cumplir con sus de-
 » beres de soberano, de disolver los lazos que
 » los unian á sus esposas; y lo que es digno de
 » notar, entre estos trece príncipes, hallamos á
 » cuatro de los monarcas franceses los mas que-
 » ridos y admirados: Carlo-Magno, Felipe
 » Augusto, Luis XII y Henrique IV.» Se votó al escrutinio sobre la adopcion propuesta. *El escrutinio*, decia el Monitor, *presentó á favor del proyecto el número de votos, exigido por el artículo 56 del acta de las constituciones del 4 de agosto de 1802.* Resulta de esta redaccion la certidumbre de que el consentimiento del senado no fue unánime; los votos contrarios expresaron realmente el voto nacional. La Francia que amaba á Josefina, y á quien importaba muy poco que Napoleon tu-

viere abuelos, sintió esta resolución que rompía en cierta manera sus lazos de familia con su héroe y su Emperador. Napoleon salió inmediatamente para Trianon donde se ocupó de su nuevo matrimonio. Tres princesas convenían igualmente; la princesa real de Sajonia, una granduquesa de Rusia y una archiduquesa de Austria. Se entablaron tres negociaciones; las dos últimas, sobre todo, eran muy delicadas; era preciso sondear las intenciones sin tomar empeños; con el Austria todo se trató en Paris del modo mas confidencial. Las conferencias preliminares se tuvieron entre el príncipe de Schwartzemberg, dos dias despues del divorcio, el 19 de diciembre, y el conde Alejandro de Laborde á quien el duque de Bassano lo habia encargado. Las órdenes para las comunicaciones á la Rusia estaban ya andando. En el mes de enero de 1810, el conde de Metternich, en una conversacion con el conde de Narbona embajador de Francia, dejó caer algunas palabras sobre el objeto que ocupaba tanto al gabinete de las Tullerías, pero no tomó empeño ninguno definitivo; quedaba la facultad de desmentir al intermedio sin importancia que habia hecho la primera comunicacion, y se estaba

aguardando la contestacion de San Petersbourg, que anunció que el emperador Alejandro no habia aparentado hesitacion en consentir, pero que la Emperatriz madre pedia tiempo y muchos meses para decidirse, alegando la juventud de su hija y la diferencia de religion, lo que era negarse con disimulo. Napoleon, despues de haber dado el paso, no podia dejar de tomar un partido y lo tomó sin sentimiento. El gobierno se habia espantado, no sé porque, con el inconveniente de admitir una capilla griega en el interior del palacio y temió lo que llamaba intrigas de los sacerdotes griegos; por otra parte, el Emperador no podia aguardar, acaso inutilmente, el termino de las dilaciones ó de las objeciones de la Emperatriz madre, sin exponerse á perder las disposiciones favorables manifestadas por la corte de Viena. El proyecto de alianza con la casa de Sajonia se habia desvanecido delante de las facilidades del Austria; la dignidad imperial hallaba mas satisfaccion en el consentimiento de Viena que no en el de Dresde, y, para decirlo todo, la princesa de Sajonia no era ya de bastante buena casa para el marido de Josefina de la Pagerie. La misma noche del

dia en que llegó el oficio de San Petersbourg, el príncipe Eugenio se vió todavía con la dura obligacion de concluir y firmar la última acta política que desheredaba á su madre, es á decir el convenio de matrimonio de Napoleon con la archiduquesa Maria Luisa.

Fue preciso someter á la oficialidad de Paris la validez del matrimonio religioso de la emperatriz Josefina, para lograr su rompimiento. El 14 de enero, fue declarado nulo en virtud de la disposicion del concilio tridentino; «que todo matrimonio es nulo, cuando » no ha sido celebrado en presencia del cura » párroco de una de las partes ó de su vicario » asistido con dos testigos.» Se ignora por que razon el cardenal Fesch habia dejado de conformarse con esta disposicion, demasiado importante para creer que no la conociese. Sea lo que fuere, Napoleon, por no haberla observado, se vió sentenciado por la oficialidad en una multa de seis francos, á favor de los pobres. El 3 de marzo, el príncipe de Neufchatel llegó á Viena con la comision de pedir la mano de la archiduquesa Maria Luisa. El mismo dia, el Emperador declaró el título de gran duque de Francfort reversible sobre la

cabeza de Eugenio, despues de la muerte del príncipe primado.

De manera que, desde entonces, Napoleon reservaba en su pensamiento la corona de Italia y probablemente de la Italia entera, para el hijo segundo que esperaba tener. Es cierto que ya en esta época, tales eran los deseos de la Italia y de la misma Roma, que, desde las victorias del general Bonaparte, habia secularizado su política y aspiraba altamente á ver el trono, no de la Iglesia, sino el de los Césares, ocupado por otro que el sucesor de San Pedro.

Entretanto, el príncipe de Neufchatel celebró solemnemente, el 11 de marzo, el casamiento de la hija del emperador Francisco, en nombre de su soberano. El 13, esta princesa salió de Viena con una comitiva de mas de trescientas personas, entre las cuales iban varias dignidades del imperio de Austria, doce damas de palacio, doce chambellanes, etc., sin contar los militares. Se habia construido con prontitud y con una magnificencia extraordinaria, entre Braunau y Altheim, una gran barraca dividida en tres salas, la una mirando al Austria, la otra á la Francia y la del

medio declarada neutral. Esta construcción recordó la almadía de Tilsitt y no dejó recuerdos mas felices. La reina de Nápoles, con una comitiva numerosa, habia venido de parte de Napoleon para recibir á la princesa de manos de su familia. El 6, se hizo la entrega, en presencia de las dos cortes, con una pompa cuyo ceremonial habia sido dictado por el mismo Napoleon. Todo cuanto venia en el canastillo era un verdadero milagro de la industria parisiense que, bajo el nombre de modas, continua el ejercicio de la dominación francesa sobre el universo entero. El lujo de la corte austriaca y de la comitiva militar, la calidad de las personas que la componian, dieron á conocer con cuanta importancia la casa de Austria miraba este casamiento.

Concluida la ceremonia, Maria Luisa salió para Braunau, donde tomó inmediatamente el rango y la actitud de Emperatriz de los Franceses; se quitó sus vestidos de Viena y fue asistida unicamente por la servidumbre y los oficiales de su casa nombrados por el Emperador. La princesa halló en todos los parages donde anocheció, una carta de su esposo. El 28, se puso en camino para Compiègne

donde el Emperador estaba con la familia imperial y la corte la mas brillante. Napoleon tenia arreglado un ceremonial para la entrevista fijada para el dia siguiente. Pero por esta vez, su impaciencia fue mas fuerte que la etiqueta, y el legislador quebrantó su propia ley. En vez de aguardar al dia siguiente, y de encontrarse con la Emperatriz en la tienda de enmedio, donde la princesa debia hacer ademan de arrodillarse, y el Emperador levantarla, abrazarla y sentarse á su lado, Napoleon salió en secreto del palacio, en compañía del rey de Nápoles en una carretela sin libreas; llevaba el redingot gris de Wagram; se emboscó con motivo de la lluvia debajo de los soportales de una pequeña iglesia mas allá de Soissons en el lugar de Corcelles, donde la Emperatriz debia mudar caballos. Luego que llegó, subió de golpe en el coche y el dia siguiente mandó servir el almuerzo cerca de la cama de la Emperatriz. Así pasó la entrevista de Compiègne que se llamó la sorpresa de Corcelles. El 30, toda la corte se reunió en San Cloud para celebrar el matrimonio civil; Napoleon durmió en San Cloud en el pabellon de Italia como lo habia hecho en Compiègne en el pa-

bellon de la Chancillería. El 1º de abril, el casamiento fue pronunciado por el archicanciller; y por la noche se representó sobre el teatro de la corte, la Ifigenia en Aulide, delante del Aquiles frances que era tambien el rey de los reyes.

El 31, el Emperador y la Emperatriz hicieron su entrada solemne en la capital, en medio de un concurso inmenso de pueblo. Recibieron la bendicion nupcial del limosnero mayor de Francia, el cardenal Fesch, que por esta vez no se olvidó de llamar al cura párroco de San German el Auxerrois, parroquia de las Tullerías. Se desplegó en esta ocasion la mayor magnificencia; se habia dispuesto en capilla una sala de la galería del Louvre con tribunas para los reyes, para los otros soberanos y para los embajadores. Los reyes, reinas, príncipes y princesas de la familia imperial asistieron al Emperador y á la Emperatriz en esta solemnidad magestuosa y brillante que presenciaron los individuos del sagrado colegio; algunos cardenales, queriendo sostener los derechos de la consagracion pontifical, no se presentaron y fueron desterrados. Todas las corporaciones del Estado, las dignidades civi-

les y militares, y todas las personas las mas distinguidas de Francia y de las cortes extranjeras estaban reunidas en número de ocho mil en la grande galería. Durante todo aquel dia, la corte y la capital presentaron el aspecto del júbilo y de entusiasmo; con todo, el recuerdo fatal de las fiestas de la boda de la reina Maria Antonita entristecia los ánimos, y tres meses despues, el incendio que abrasó de repente la casa en donde el príncipe de Schwartzemberg daba un baile á la hija de su soberano, renovó cruelmente este recuerdo. La Emperatriz estuvo un momento en peligro; pero Napoleon preservó á Maria Luisa, sacándola cuando todavía quedaba tiempo para salvarla. Una cuñada del embajador y algunas otras personas perecieron; muchas fueron heridas. Los testigos de la boda de Luis XVI habian pronosticado un éxito muy funesto á la nueva alianza con la casa de Austria, y su profecía se cumplió demasiado bien. Se formó debajo de las murallas de Viena, destruidas por Napoleon, y cuatro años mas tarde se disolvió para siempre, dentro de Paris invadido por el emperador Francisco.

El mismo dia de la celebracion del matri-

dora del Austria, se habian dado prisa en ofrecer á su protector el vasallage de la soberbia germánica. La Europa entera estaba representada por unas embajadas brillantes. Solo faltaba la Inglaterra, y Napoleon conocia que faltándole esta potencia, la suya se hallaba descubierta, y se proponia oponer á tan inminente peligro el influjo del bloqueo continental. Entre tantos reyes y príncipes, se ocultaba el vencedor de Raab; el hijo adoptivo del dueño del mundo huia de los homenajes que se le tributaban, y encargado de una mision cruel para su corazon, sin ser funesta para su gloria, era, despues de Napoleon, la persona que llamaba mas la atencion. Virey de la hermosa Italia, salvada recientemente por su valor de la invasion austriaca, y cuya corona le estaba asegurada si Napoleon no tuviese sucesion; hijo de la emperatriz Josefina, Eugenio habia sido llamado para disponerla á romper un lazo tan ilustrado por el heróico esposo de su madre. El príncipe tenia que contribuir á despojarse á sí mismo de la magnífica herencia que habia sabido defender con sus armas, y cuya garantía consistia en la continuacion de la felicidad de Josefina. Napoleon habia tenido,

buena eleccion escogiendo á Eugenio por intérprete suyo; jamás hubo mayor heroismo de gratitud. La madre y el hijo, haciendo el sacrificio de dos coronas, iban á dar al mundo el ejemplo de la mas perfecta adhesion y del desinterés mas puro. Desde mucho tiempo, Josefina estaba temiendo esta gran mudanza en su destino. Al advenimiento al imperio, y para templar su inquietud, el Emperador habia consentido en que el cardenal Fesch consagrarse secretamente en nombre de la Iglesia el contrato civil que habia contraido con el general Bonaparte, y con el mismo motivo, procuró por todos los medios posibles y obtuvo ser coronada con Napoleon por el Sumo Pontífice.

El 15 de diciembre, el príncipe Cambaceses archi-canciller del imperio y el conde Regnault, secretario del estado civil de la casa imperial, fueron llamados por cartas cerradas al gabinete del Emperador á las 9 de la noche; todos los príncipes y princesas de la familia de Napoleon, menos el rey de España y la gran duquesa de Toscana, estaban presentes; asistieron tambien el virey y la vireina de Italia. El Emperador dirigiendo la palabra al

príncipe archi-canciller, le dijo: «... La política de mi monarquía, el interés y las necesidades de mis pueblos, que constantemente han sido la norma de mis acciones, requieren que después de mí, deje á unos hijos herederos de mi amor á mis pueblos, este trono donde la providencia me ha colocado. Pero desde algunos años á esta parte he perdido la esperanza de tener sucesión de mi matrimonio con mi amada esposa la emperatriz Josefina; y me veo en la precisión de sacrificar los más dulces afectos de mi corazón, para atender al bien del Estado y disolver mi matrimonio. Siendo mi edad de cuarenta años, puedo concebir la esperanza de vivir bastante, para dirigir la educación de los hijos, que la providencia será servida de concederme.... Mi amada esposa ha hecho mi felicidad durante quince años.... Yo mismo la he coronado.... Quiero que quede con el rango y el título de Emperatriz....» La emperatriz Josefina habló en seguida, y dijo. «... Me complazco en dar á mi augusto y amado esposo la mayor prueba de adhesión y cariño que se haya dado jamás sobre la tierra; todo lo debo á

» su bondad; he sido coronada por su mano; he recibido mil testimonios de afecto y de amor del pueblo francés; creó que reconoceré todos estos sentimientos, consintiendo la disolución de un matrimonio que es un obstáculo al bien de la Francia, y la privación de la dicha de verse gobernada un día por los hijos de un grande hombre, evidentemente suscitado por la providencia para borrar los males de una terrible revolución y para restablecer el altar, el trono y el orden social.....» Esta última frase, en esta contestación enteramente política, era sin duda la manifestación de los principios sobre los cuales el Emperador se apoyaba con más fuerza que nunca, contrayendo una alianza con una de las familias más antiguas de la Europa, y la que más constantemente se mostró adicta al sistema de unión entre la religión y el poder absoluto. La obediencia de una reina repudiada nunca había sido expuesta á tan fuerte prueba. Se dió auto al Emperador y á la Emperatriz de la declaración que acababan de hacer de consentir en disolver su matrimonio; y se extendió un proceso verbal firmado por la familia imperial, el archi-canci-